

RESEÑAS

Pablo Picasso. *Escultar reposando, IV*, 1933.



LABERINTOS

AFUERA ESTÁ EL OTRO LABERINTO

Teseo
tiene otro laberinto entre sus manos.
Ovillo del amor.
Torcidas rutas
hacia adentro lo llevan.

Se le va deshaciendo la madeja
hasta quedar en nada.
En la estancia final
sólo hay espejos
repitiendo el silencio al infinito.
Afuera,
un dios más cruel aguarda

Fernando Urbina Rangel
Guame, abril de 1993

Sylvie Le Poulichet

La obra del tiempo en psicoanálisis

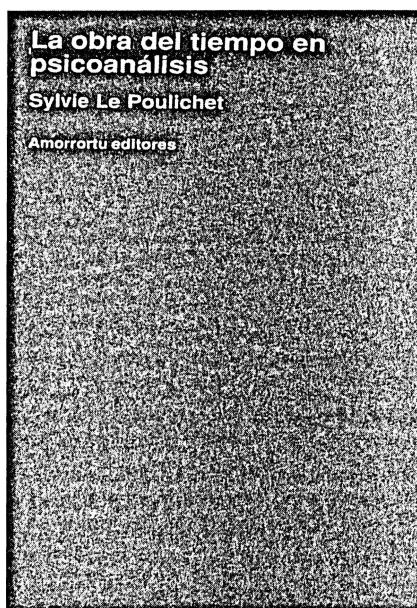
BUENOS AIRES: AMORRORTU EDITORES, 1996, 183 PP.

por: Álvaro Daniel Reyes Gómez

En la obra de Freud, duelo y sueño tienen un lugar central. Por el contrario, las elaboraciones respecto al tiempo son escasas y debieron esperar a Lacan. Especificar el modo en que obra la temporalidad en la transferencia, el cuerpo, el síntoma, el sueño, establecer articulaciones con el inconsciente y el objeto causa del deseo es la provocadora invitación de la lectura del libro de Le Poulichet, psicoanalista francesa que publicó antes un texto dedicado a la toxicomanía, en el que acuña el término "efecto pharmakon" y otras conceptualizaciones que retoma al final del libro que se comenta aquí.

El sufrimiento y el dolor humano, contrario de lo que se dice cotidianamente, no desaparecen con el tiempo, no pasan, no cesan. Es en "los tiempos de la transferencia" abiertos en la experiencia analítica, donde no sólo se hablan, sino sobre todo, se realizan; lo que estaba suspendido, lo que no había ocurrido tiene lugar y al hacerse acontecimiento se transforma simultáneamente. La escucha desempeña aquí un papel central, en la medida en que se hace "flotante" al navegar como en el sueño sobre diversos tiempos, de tal manera que al oír a un analizante no se lo hace en varios sentidos sino ante todo en una serie de temporalidades en las que se conjuga lo que dice. La representación lineal de pasado, presente y futuro sostenida en lo consciente se hace insuficiente para dar cuenta de la singularidad temporal del análisis. El concepto de "tiempo identificante" que recorre todo el trabajo de Le Poulichet, se impone como necesario para explicarlo, y hace referencia a la confluencia entre dos instantes que al identificarse mutuamente se confieren identidad, engendrándose un lugar vacío para un acontecimiento psíquico que alcanza el cuerpo. Ese tiempo identificante es crucial pues él revela el deseo, en la medida en que un acontecimiento antiguo requiere uno nuevo para que "resuene"; estaba allí pero ocurre ahora, es el *a posteriori* que no sólo constituye el síntoma vía la represión, sino "la historia como pasado historizado en el presente porque ha sido vivido en el pasado" (Lacan).

De ello da cuenta la transferencia; el analista da garantía de la repetición con su presencia, y así puede ser considerado "eje de temporalización", según la expresión de Perrier, y no sólo un señuelo, pues él introduce e instaura un "tiempo identificante",



al actualizar instantes de manifestación de la presencia del deseo, que son recomposiciones de los encuentros que interpretan lo real. El analista es un lugar, pero un lugar anacrónico al encontrarse en él distintos tiempos. La transferencia, vista desde esta óptica es, entre otras cosas, ese tiempo en el cual surgen los acontecimientos que "no pasan" y que organizan en silencio el devenir de un sujeto. Cuando esos acontecimientos ocurren en un tiempo de transferencia, que es el del encuentro de temporalidades, podrán constituirse como pasados. Hay en juego "un tiempo que pasa y uno que no pasa"; el primero es el de la representación, y el otro —que quizás de manera aventurada podría escribirse como Otro— corresponde a los procesos inconscientes como la condensación, el desplazamiento, las formaciones de secuencias del fantasma, que justamente al no frenar sobre determinadas imágenes, ni en nombres fijos, perduran; es decir no ocurren, no pasan para nadie pues son devenires anónimos, sin síntesis; por ello los significantes patinan y patinan sobre aquello que remiten sin frenarse del todo. No se hacen pasado al no cesar. Es la idea freudiana del inconsciente como atemporal.

El sueño es un lugar privilegiado de choques entre esos dos tiempos: el que pasa y el que no pasa, y se engendra la repetición ante la no coincidencia. Tal repetición no es la copia sobre un modelo sino un encuentro nuevo entre temporalidades heterogéneas, que permiten mostrar cómo el

sueño es sitio de desgarradura, de rompimiento temporal en el que es posible ver lo que aún no se pre-veía y oír lo no pre-dicho, no siendo infrecuentes los sueños que dejan sorprendidos a analista y analizante al anticiparse al trabajo que realizan. Por otro lado, la labor de composición de la realidad psíquica que realiza el sueño lleva a que al enigma que entraña se agreguen otros acontecimientos psíquicos que, al ser examinados en el análisis, abren la posibilidad de atravesamientos de planos de identificación.

Sin embargo, no son estas ideas de la lectura de Le Poulichet las que más llaman la atención respecto al sueño, sino la propuesta de una función aún más originaria que el cumplimiento del deseo postulado por Freud. Ella considera que esa actividad es la "autofiguración de montajes pulsionales anudados a los deseos y las imágenes del yo". Es más primordial dado que el deseo no precede a la formación del sueño debido a que es el propio trabajo del sueño el que lo compone. Vistas así las cosas, se hace insuficiente el esquema freudiano que supone unos contenidos latentes a la espera de expresión y maquillaje bajo figuras. Es en los llamados sueños de angustia o traumáticos donde se patentizaría esta función, que no contradice la de la realización del deseo. Allí no se detiene el asunto, sino que, siguiendo a Maurice Dayan, todo sueño en esencia es traumático debido a que el propósito del trabajo del sueño es enredar, amarrar lo real y lo pulsional en las huellas del deseo; si se considera que lo real es un exceso, un trauma en torno al cual se moldean las figuras del cuerpo, los sueños traumáticos mostrarían una característica propia de todo sueño: son la regla y no la excepción al ligar excitaciones frente a las cuales no se halla preparado el psiquismo. Dicho de otro modo, el sueño sería una especie de espejo infiel que, más allá de reflejar lo constituido, da "un tiempo de transferencia a lo que no tiene lugar y que revela lo real sexual velándolo y transformándolo"¹.

Ahora se puede pasar al asunto del origen, confundido generalmente con el comienzo. Si fuera de esa manera no habría posibilidad de cambio psíquico, en la medida

en que el origen

¹ Sylvie Le Poulichet, *La obra del tiempo en psicoanálisis*, Buenos Aires: Amorrortu editores, 1996, p. 75.

en que el origen es un momento que está fuera del tiempo, inagarrable, evanescente y que sobrepasa a todo comienzo. Lo que va a tomar la forma, la figura del origen, es la interpretación que se hace del comienzo, la historización, de tal manera que si algo se inscribe una y otra vez en una vida, es porque el origen simultáneamente se recompuso. Es, retomando a Lacan, la idea de que cuando algo ve la luz "algo que estamos obligados a admitir como nuevo, cuando otro orden de la estructura emerge. ¡Pues bien! Éste crea su propia perspectiva en el pasado y decimos: *Nunca pudo no estar ahí, existe desde siempre*"². En el trabajo del tiempo durante el análisis se va por lo menos en dos direcciones en el mismo momento: "Hacia lo porvenir y hacia el origen". Este origen al ser ficción y poder recomponerse cumple un oficio de amarre, de ancla en toda la cadena de la historia, y permite acercarse a la comprensión de que los cambios psíquicos se pueden dar debido a que ese origen es un orificio, un hueco, un no lugar, un vacío en transformación. Este vacío "aparece envuelto por teorías sexuales infantiles, novelas familiares, en lo cultural por los mitos, que ponen en acción un tiempo primordial"³. Ficción deriva de *faccere*, hacer, que es ante todo inventar, crear, hacer con placer, que no es cualquier desafío. Se puede afirmar que ficcionalizar es más que simbolizar e implica el reapropiarse del pasado, creando a la vez presente y futuro.

Como ve, amable lector, éste es un libro que requiere tener tiempo, aunque si se es fiel con él sería mejor afirmar que hay un tiempo que nos tiene al no pasar. El tiempo está

² Jacques Lacan, "El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica", en *El Seminario, Libro 2*, Barcelona: Amorrortu editores, 1981, p. 36.

³ Sylvie Le Poullichet, *op. cit.*, p. 84.

lleno de paradojas y, al igual que el saber del psicoanálisis, no se agota en definiciones; en él se ha dado abrigo a las más diversas experiencias desde distintas disciplinas. Así, está el tiempo en su accionar real casado con la muerte y hasta la muerte misma del olvido, e igualmente ese tiempo que nos da los seres y las cosas, o el ligado a que sólo aquello que nos es quitado podrá ser restituido; incluso una especie de jugarreta temporal puede abolir el tiempo. Allí aparece Heráclito junto a su río del tiempo o Kant en una especie de río seco en el que no habría devenir, o Borges diciendo en su poema *El Instante*:

...El presente está solo. La memoria erige el tiempo. Sucesión y engaño es la rutina del reloj. El año no es menos vano que la vana historia... El hoy fugaz es tenue y es eterno; otro Cielo no esperes, ni otro infierno (*Nueva antología personal*, Bruguera, 1980, p. 444).

El psicoanálisis no escapa a las paradojas temporales y continúa indagando la especificidad de su acción; así, Le Poullichet, retomando el relato de Marguerite Duras "El arrebato de Lol V Stein" muestra cómo puede darse un instante catastrófico, de caída del yo, en que un encuentro inoportuno actúa para ese sujeto como una especie de hueco, de agujero negro que chupa el porvenir y el pasado "deshaciéndose la superficie del yo". El acto suicida sería en ocasiones un intento por frenar esa caída e impedir el hundimiento completo del yo, mientras que las toxicomanías buscan restablecer una forma de continuidad temporal. Este aspecto, extraído de su clínica, le permite a Le Poullichet ver en el pánico por la interrupción de la droga un desesperado intento por situar el cuerpo ante la ruptura en la trama del tiempo que expondría al toxicómano a un instante catastrófico. De tal manera que el tóxico es, entre otras cosas, un asunto que implica un lugar de des-

trucción del tiempo y de la confusión de memorias. El trabajo con ex heroínómanos muestra por otro lado que existe un horror a la descarga sexual considerada como total y que conllevaría a una caída en una especie de "abismo". Lo sexual aparece como auténtico tóxico capaz de desintegrar cuerpos; se buscaría entonces tratar de frenar el goce mediante la sustancia tóxica. El *pharmako* puede entenderse como una especie de intento de autocuración por el mal, que busca rehacer cotidianamente un cuerpo. Esa tentativa está destinada a fracasar. El trabajo del tiempo en la bulimia, en su articulación con el Otro materno, en la lógica del devorar para no ser devorado, y que es nombrado como "tiempo canibálico" constituye el interés de la última parte del libro, donde nuevamente se busca precisar los modos de detención temporal y el despliegue en la transferencia.

Es un texto con una permanente invitación a asumir el desafío del modo en que el tiempo obra en y por el análisis. Tiempo que, enigmático a la vez que presente sólo, en la ausencia nos muestra la articulación con el objeto. Dejemos entonces que quien como poeta se anticipó a descubrimientos del psicoanálisis y se interesó particularmente por el tema que nos ocupa aquí, nos trace una senda en la indagación temporal:

Sé que he perdido tantas cosas que no podría contarlas y que esas perdiciones, ahora, son lo que es mío.

... Sólo el que ha muerto es nuestro, sólo es nuestro lo que perdimos.

... Todo poema, con el tiempo es una alegría. Nuestras son las mujeres que nos dejaron, ya no sujetas a la víspera, que es zozobra, y a las alarmas y terrores de la esperanza. No hay otros paraísos que los paraísos perdidos. (*Poseción de ayer*, J. L. Borges, 1983).